

del desierto es el joven de la lucha; y la muerte, que amontonaba víctimas en su derredor, respetaba aquella vida preciosa, que por otra parte no se extinguía ni debía extinguirse bajo el peso de tantos años como iba cargando sobre sus hombros el Santo Caudillo del ejército cenobítico del Oriente, que cual otro Abraham no podía contar ya su descendencia, innumerable como las estrellas del cielo, infinita como las gotas de agua del mar, inmensa como las arenas de sus playas.

Quinientos años contaba Noé cuando acaeció la catástrofe del diluvio, y ochenta Antonio cuando vino sobre el orbe católico y se dejó sentir muy principalmente en Alejandría, aún caliente la sangre de sus mártires, el diluvio asolador del arrianismo: más que mártires, y eso que también los hizo con sus crueles persecuciones y calumnias, se necesitaban sabios, y sobre todo hombres de santa sagacidad y astucia para desenmascarar la doblez é hipocresía de los sectarios: Antonio hizo todo eso: émulo del grande Atanasio, vuelve á su amada soledad coronado de laureles, sin que la imaginación viva y lozana, el fecundo ingenio, el razonamiento sutil y enérgico, la palabra fácil, ni la sabiduría admirable, en fin, con que cautivó en Alejandría á amigos y enemigos, á los fieles de Cristo como á los secuaces de Arrio, hubiesen disminuído ni debilitado en aquel cuerpo, que aunque físicamente útil y vigoroso, parecía ya próximo á su disolución suprema.

Pero si os parece poca todavía la edad, si podéis imaginar triunfos intelectuales sin esfuerzo celestial y virtud sobrehumana en un hombre octogenario y consumido por las austeridades, y combatido por las tentaciones, y gastado por la dirección de tan numerosa anacorética prole, volved á Alejandría bastantes años después, porque el arrianismo ha reanudado sus devastadoras tareas, y haciendo el último desesperado esfuerzo de todas las sectas y de todas las revoluciones en todos los terrenos, ha sabido comprometer, capciosamente engañados en su favor, al Emperador Constantino y á sus hijos: es preciso que Antonio salga, y Antonio vuelve á salir á salvar á la Igle-

sia y al Imperio, á la Religión y á la sociedad, á Dios y á la patria, en fin, á la edad de ciento y cuatro años, cuando por muerte de Pablo el primer ermitaño representaba ya por completo á la familia cenobítica de su época; cuando nuevo Elías ante el torrente Carith, había visto al cuervo portador de la duplicada ración de pan para que se conservara esa vida preciosa y necesaria al mundo hasta el fin; cuando había contemplado la salida del majestuoso rey de las selvas, del león de los arenales del desierto, no para devorarle como al Profeta desobediente á Dios que cita el Santo Libro de los Reyes, sino para ayudarle en los funerales de Pablo en medio de aquellas soledades augustas!

Y el hombre de ciento y cuatro años hunde al arrianismo y salva al mundo, que temblaba y gemía viéndose ya arriano, en frase celebrada de un Santo Padre de aquella época; y Constantino y sus hijos se confirman en la fe y se recomiendan en sus oraciones; y el viejo Padre del desierto puede cantar ya con Simeón, muy viejo también y esperando solamente para morir tener á Dios humanado entre sus manos: «Señor, ya podéis ahora dejar partir en paz á vuestro siervo, porque mis ojos han visto tu salud, que es la revelación para las gentes y la gloria para tu pueblo Israel.»

¿No os lo decía yo al comenzar, hermanos míos? Antonio es la mejor prueba de que la longevidad es un premio concedido por Dios á la virtud; ya lo estáis viendo: porque no solamente vive mucho, sino que vive bien, aun material y físicamente hablando; vive para ver el triunfo total por entonces de la Iglesia; vive para contribuir tan poderosamente á él; vive en sus milagros; vive en su culto; vive en la visión intuitiva de Dios. *Et ostendam illi salutare meum.*

Cuatro palabras ahora para concluir, basadas siempre sobre mi tema, reflexiones y hechos de la vida de San Antonio Abad que hemos considerado con referencia á nuestro propósito.

La incredulidad moderna, siempre dulce, compasiva y filantrópica no siendo con respecto á Dios ni á sus fieles segui-

dores, ha creído encontrar dureza, repulsión, crueldad, en fin, en la palabra revelada, en aquella terrible afirmación en la que Dios se apellida el Dios que castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación: y cabalmente estas frases que tan hondamente conmueven las delicadas fibras de nuestros racionalistas filántropos, tienen una explicación natural, lógica, sencillísima en las doctrinas que vengo exponiendo en esta mañana.

Dios, como es sabido de todos los que se precian justamente de saber algo, deja obrar libremente las causas segundas, porque Dios respeta mucho el orden natural, como la libertad humana, y además no está obligado siempre á hacer milagros: y como por efecto de esas causas naturales y ordinarias, las generaciones transmiten por lo regular unas á otras sus hábitos, sus afecciones, su educación, sus vicios morales y hasta físicos, por desgracia, de aquí que esas generaciones resulten por lo general depravadas en lo intelectual, en lo moral y hasta en su organización y constitución física: David pecó y se arrepintió, y le fué perdonado su pecado; pero David lo expió grandemente; porque Absalón, que hizo asesinar á su hermano Ammón por un pecado más repugnante que el de David, cayó en los mismos parecidos excesos; y hasta Salomón, el hijo de Betsabé, el hombre de la sabiduría sin igual, vino á caer en la idolatría por los mismos pecados que sus padres: no se culpe, por lo tanto, á Dios; cúlpese á la naturaleza depravada, al abuso que el hombre hace de su libertad y de su vida misma, en oposición abierta á los amorosos deseos de Dios, que no quisiera tener que permitir tales castigos, y sí recompensar con larga y feliz existencia las virtudes del hombre antes de galardónarle con la eterna.

Glorioso y Santo anciano, prestadnos vigor y ejemplo: dadnos vuestra protección y auxilio, sobre todo porque somos miserables y débiles por todo extremo: defendednos de los tres formidables enemigos de nuestras almas, que de continuo las asedian para abreviarnos la vida temporal y arrebatarnos la

perdurable y dichosa, que confiados en vuestros méritos y poderosa intercesión, esperamos gozar algún día tras una vida larga y feliz en las mansiones eternas de la gloria. Amén.

PLAN DEL PANEGIRICO DE SAN ANTONIO ABAD.

Longitudine dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum.

Lo llenaré de longura de días, y le mostraré mi salud.

(Ps. 90. v. 16.)

Exordio. Edad del hombre en los primitivos, medios y modernos tiempos.—Los Patriarcas.—David y su afirmación sobre la vida regular del hombre, ya en sus días.—Edades de hoy.—Causas naturales y morales de la brevedad de la vida actualmente.—Excepciones.—Confirmación en ellas de toda esta doctrina.—La Ley natural escrita y de gracia.—San Antonio Abad es la mejor prueba de la proposición siguiente: *La longevidad, premio otorgado á la virtud.*

La brevedad de la vida, muchas veces castigo del desarreglo moral y de los pecados.—Helí y sus hijos.—Al contrario, los Patriarcas, longevos en la Ley natural.—Enoch y Elías reservados misteriosamente aún.—Los profetas y justos de la Ley escrita.—Antonio Abad en la de gracia.—Infancia de Antonio.—Su juventud.—El Joven viejo.—*Honra á tu padre y á tu madre, porque veas largos años sobre la tierra.*—Antonio cumple con este precepto.—Corre su vida, pero sin pasar por los desórdenes de la juventud, ni aun los juegos de la niñez.—Anticipa su vejez moral, pero prolonga desde niño su vida física.—Muertos sus padres, se retira al desierto.—Enós y su longevidad muy notable.—Él comenzó á dar culto público á Dios.—

Sus hijos, llamados *Hijos de Dios*.—Antonio, jefe de los anacoretas.—Nuevo culto á Dios en la vida cenobítica.—Los jóvenes de hoy se afanan por parecer hombres en todo, y nosotros les ayudamos en sus ilusiones.—Antonio, joven aún, recorre mucho camino moral y material, como Abraham en el desierto.—Sus tentaciones y sus frases al tentador.—El viejecillo fuerte ante tanto ruido diabólico.—Su primera salida del desierto, ya en edad madura.—El deseo del martirio.—No debía morir tan pronto, ni mártir.—Consuela á los mártires en Alejandría.—Su segunda salida á los ochenta años, á combatir á los arrianos.—Su elocuencia y destreza.—Vuelve al desierto.—Su entrevista con Pablo.—El cuervo y los leones.—Tercera salida á Alejandría, á los ciento y cuatro años.—Salva la Religión y la sociedad.—Confunde al arrianismo y confirma en la fe al emperador y á sus hijos.—El cántico del anciano Simeón.—Ha visto el triunfo de la Iglesia.—Luego ve la gloria.—Su culto y milagros.—Le ha mostrado el Señor su salud, tras una longevidad dilatada.—Reflexiones sobre toda la doctrina del panegírico.—Súplica á San Antonio.

SERMON

PANEGÍRICO DE SAN SEBASTIÁN, MÁRTIR

*Arcum conteret, et confringet arma,
et scuta comburet igni.*

Hará trizas el arco, y quebrará las
armas, y quemará al fuego los es-
cudos.

(Ps. XLV, v. 10.)

En los primeros tiempos del mundo, cuando los *Hijos de Dios*, según los apellida la narración genesiaca, se mezclaron con las hijas de los hombres, preparando así la fatal carrera de corrupción y de abominaciones que había de tener al fin su natural y terrible desenlace en el diluvio, nacieron de esa lamentable unión los gigantes, hombres de colosal estatura y hercúleas formas y proporciones, según el lenguaje bíblico, diestros en el arte de la guerra.

Desde entonces, y aun después, en la raza noemítica superviviente, más que todo, sin duda, bajo las tiendas malditas de Canaam, tuvo origen esa amenazadora continua expresión, esa manifestación constante de la fuerza bruta, que sobreponiéndose á la razón y á la humanidad, y á los adelantos de la civilización y del progreso, aun en los siglos que más alardean de una y de otro, ha ensangrentado, y ensangrienta, y ensangrentará siempre la tierra, por más que se vociferen las tareas de la diplomacia, la paz armada y otra porción de vocablos que expresan solamente una idea por todo extremo desoladora: